

A VISO PARA NAVEGANTES

FRANCISCO ACUYO: TRATADO
POETICO DE LAS ESTRELLAS

LA lectura del libro *Los principios del tigre* (Ayuntamiento de Torredonjimeno, Premio de Poesía 'Gabriel Celaya', 1997), de Francisco Acuyo, me dejó impresionado. Desde entonces, no he dejado de relacionarme ocasionalmente con esos poemas como consecuencia de un doble movimiento, de atracción y de explicación. El hecho de sentirme gozosamente perdido –retado– entre los poemas y su radical apuesta estética, al tiempo que la necesidad de dotarme de elementos de orientación con los que superar el hermetismo del poemario, explican mi recurrente interés en ese hermoso fruto de la inteligencia creadora, de la sensibilidad, agudísima, de la cultura filosófica, del conocimiento de la propia tradición poética y de la experiencia.

Y digo, sí, experiencia –la mirada se puede dirigir al suelo de los días o, como en este caso, al cielo de las noches–, porque el alcance estético-cognoscitivo de los poemas de este libro y el grado de su complejidad significativa no se comprenden hasta sus últimas consecuencias si no tenemos en cuenta, entre otros aspectos, la experiencia –materia prepoética– que su autor obtiene de la observación del cosmos mediante un telescopio: «Sobre su pecho acicala / la selva enhebrando el aire / con fina sabiduría / el aroma de la tarde. / Con insaciable deseo / saborea del instante / la infinitud que sostiene / en la quietud del paisaje». (p. 67). Cómo no recordar ahora aquel fragmento barojiano de *El árbol de la ciencia*: «Andrés bajaba a cenar, y muchas veces por la noche volvía de nuevo a la azotea a contemplar las estrellas. Esta contemplación le producía como un flujo de pensamientos perturbadores. La imaginación se lanzaba a la carrera por los campos de la fantasía». Por azar, supe de la pasión de Acuyo por la observación de los cuerpos celestes e introduje esta clave en mi lectura.

A partir de aquí, la resistente red simbólica empezó a ceder. Y supe que el *jardín* era el nombre poético del cosmos cuando no *selva* (de estrellas) o *paisaje*, que la *azucena* era el nombre de la estrella, que el *jazmín* lo era de un blanco cuerpo celeste, que la *fuelle* era el conocimiento, que el *espejo* era el espejo-telescopio cuando no nombre de la imagen obtenida, que el *tigre* era el principio de la razón y del conocimiento cuando no el principio de la vida, que el *transeúnte perdido* no era sino el atento observador del inmenso paisaje celeste y así sucesivamente. A partir de aquí, pude comprender por qué el autor había optado por la poesía como el mejor medio, y fin –la poesía ofrece a su vez, piensa el poeta, su propia verdad y visión totalizadoras, la verdad del *ser que permanece*–, para cifrar tal superior experiencia, de perfiles inefables –«Conlleva el pulso, el aliento / al límite del lenguaje, / al susurro del pincel, / al corazón del paisaje»–, para construir la sombra verbal perdurable de graves intuiciones –«Sabe el tigre que mirar / no es un arte cultivado, / no cuentan tanto los siglos / como el saber instantáneo» (p. 68)– sobre los principios de la vida y del universo, del que se siente débil parte mínima al tiempo que fugazmente dominadora, al emplear los instrumentos de la intuitiva razón poderosa y la mirada mediada. La poesía se convierte así para nuestro poeta en el mejor modo paralelo, simbólico, de *describir* el universo e interre-

lacionarse con los hombres. Este libro es, pues, una suerte de tratado poético del sentido de la vida y de las estrellas, una indagación estética en el misterio del ser, el resultado de ver, mirar y observar lo real, la vida en su más ancha posibilidad, la de nuestro propio mundo y la universal: «¿Qué designio, cuál pregunta; / por qué guarda su secreto / la vida? ¿Dónde el vivir? / Vivir, morir con el sueño / que despierta a nueva vida. / El sentido pone cerco / al sentido sin sentido, / urge el deber de tenerlo». A partir de aquí pude comprender por qué tales observaciones sobre el jardín del cosmos acabaron por fecundar el cultivo de un pensamiento poético metafísico que utiliza para sí cierto caudal filosófico, lo que justifica la presencia de las dos primeras partes del libro.

Así, el poeta articula su *tratado* en tres partes, *El ángel de la ciencia*, *El jardín de los Filósofos* y *Los principios del tigre*, de ocho, dieciocho y cinco poemas, respectivamente, en los que la estructura del romance –cantar y contar, no se olvide– alcanza un claro protagonismo junto a algunos excelentes sonetos, entre otras formas estróficas menos habituales. En las dos primeras, ofrece muy elaborados poemas de perfil reflexivo con los que establece un *recorrido histórico* por aquellas sustantivas ideas filosóficas que han fecundado su propio universo mental y poético, quedando claramente identificada su *permanente pasión* por el conocimiento que se alía a la *creación poética*. Pero no se olvide, si se quiere comprender el libro en su propia lógica, que tales medios de conocimiento están en función de la poesía, poesía que él no entiende como útil ni como revelación del mundo, sino como un modo estético de realidad con capacidad de nombrar-crear-modificar. A su vez, la tercera parte viene a suministrar los textos conclusivos de su denso recorrido anterior, llevando hasta su extremo el empleo de los elementos de simbolización sometidos a una estructura híbrida lírico-narrativa. Es en estos poemas donde el referente de la observación del espacio cósmico ofrece las más altas posibilidades al poeta para dar alto vuelo a su poesía, acudiendo al material de las palabras usadas en la vida de nuestro mundo –el mundo animal, el mundo vegetal, etc.– para dar forma a esas intuiciones que, surgidas de dicha observación física y de la paralela reflexión metafísica, sólo en el discurso poético alcanzan un adecuado cauce.

Si usamos esta clave, ciertas paradojas poéticas dejarán de serlo de inmediato. Por ejemplo, si pensamos ayudados de la teoría de la relatividad, la siguiente cita se llena de sentido: «Puedo tocar el pasado, / puedo escuchar si crepita / el ascua desde el futuro / que regresa a su ceniza» (p. 34); o cuando afirma que el tiempo sin testigo se dilata; si pensamos en la teoría de los agujeros negros, la *ciega luz*, la *eterna sombra* que nos guía comienzan a llenarse de sentido, así como lo alto –la bóveda celeste– y lo bajo poéticos y el hecho de que el poeta *sostenga* el tiempo, etc. Claro que tal clave no agota los textos en su significación, ni los recorre completamente. Es sólo una ayuda para enfrentarnos a un hermoso libro que trata, con las estrellas, del sentido de la vida y de sus límites, de su belleza.